

La sociedad invisible

Cualquiera que sepa cómo funciona la Red no preguntaría sobre quién o quiénes están detrás de las jornadas de movilización y protestas que se han originado en España a partir del pasado 15 de mayo. Sociólogos despistados y políticos desconfiados han encontrado la gran explicación: "Son antisistema". Más o menos algo así como son jóvenes *okupas* que, de pronto, y movidos por una mano oculta, han decidido tirarse a la calle con el afán de molestar. ¡Qué error y qué horror de interpretación!

Desde que empezó la crisis económica, que ha azotado y sigue azotando a nuestra economía, con casi cinco millones de parados, el 45% de ellos jóve-



JUAN CARLOS RODRÍGUEZ IBARRA

La pregunta pertinente sobre el 15-M es: ¿Hay motivos para esta protesta? No quién y cómo la ha promovido

nes, se ha venido oyendo que lo sorprendente era que la gente no protestara, acusando a la sociedad española de indolente y de despreocupada por su futuro y por sus posibilidades de ganarse la vida en nuestro país. Pues bien, habiéndonos extrañado de que la gente no se echara a la calle, como había ocurrido en otros países de nuestro entorno, ahora que un nutrido grupo de jóvenes se ha tirado a las plazas públicas de muchas ciudades españolas, la respuesta que damos es: "Van contra el sistema".

No hay duda de que ese movimiento intentará ser fagocitado por algunos que pretenderán transformar los motivos que han movido a esos jóvenes a pro-

testar en votos para sus respectivas formaciones políticas. Pero ese no es el debate ahora. No toca saber quién está detrás de ellos o quién pretenderá llevarlos a su terreno. La pregunta pertinente en este caso sería la siguiente: ¿hay motivos para la protesta? Pretender buscar al autor o autores de la manifestación es desconocer el mundo en el que vivimos. Aunque alguien lance un mensaje por cualquiera de las redes sociales, y solamente tenga 100 seguidores, es posible que cada uno de esos 100 tenga 200 o 300 que sienten, piensan y desean las mismas cosas. Y ese fenómeno produce un efecto exponencial que trae como consecuencia que ya no se necesiten intermediarios

para realizar una manifestación más o menos multitudinaria. Ya, con la Red, no hay un intermediario, sea este un partido, un sindicato o una organización del tipo que sea. Ahora lo que tenemos son miles de intermediarios que se autoconvocan gracias a la libertad que existe en Internet y gracias a que la Red sigue siendo libre, cosa que, por cierto, es una de las claves que ayudan a comprender el motivo inicial de las protestas.

Si hay motivos, y parece que todos éramos conscientes de que la crisis se ceba con muchos ciudadanos, parece lógico y natural que los más jóvenes, los ciudadanos del siglo XXI, utilicen las tecnologías y herramientas

PASA A LA PÁGINA SIGUIENTE

La Academia y la historia

Todas las disciplinas académicas poseen sus métodos, reglas y hábitos que las identifican y deben respetar quienes se comprometen con ellas profesionalmente. Los historiadores no nos dedicamos solo a compilar listas de nombres, fechas, lugares y acontecimientos. La historia es una disciplina compleja y los historiadores un grupo muy variado. Además, el conocimiento histórico tiene límites bien claros, porque la verdad absoluta es inalcanzable y los hechos, como ya puso de manifiesto Edward H. Carr hace ahora medio siglo, nunca nos llegan en estado puro. Pero eso no quiere decir que inventemos la historia, ni que tengamos que renunciar a captar, por medio de enfoques y métodos de indagación apropiados, un pasado parcialmente verdadero.

Muchos españoles se han enterado estos días de que había una Real Academia de la Historia. De repente, una institución que no existía, o que, pese a ser Real, parecía estar en la clandestinidad, sale a la luz con un *Diccionario Biográfico Español*, presentado ante las máximas autoridades con elogios exagerados de sus propios miembros y de algunos ilustres invitados. Y cuando esperaban más parabienes, que la gente les abrazara efusivamente por tan noble y digna empresa, les cae encima una tormenta de vergüenza e indignación que pone bajo sospecha la profesión del historiador y alimenta esa creencia tan extendida de que la historia depende de quién la cuenta, que es una rama del saber totalmente subjetiva, sujeta a postulados ideológico-políticos o cercana a la ficción.

Más allá del escándalo provocado por el nulo rigor y sesgo ideológico con el que se han elaborado algunos textos para ese *Diccionario*, estamos ante una buena oportunidad de debatir temas importantes que afectan a nuestra democracia, historia y cultura.

Es normal que los diversos recuerdos de la Guerra Civil y de la



JULIÁN CASANOVA

Ofende y avergüenza que una institución diga que Franco fue un santo varón que trajo paz y pantanos

dictadura de Franco continúen persiguiendo nuestro presente, que ese pasado traumático provoque conflictos entre diferentes memorias, individuales y de grupos, como ocurre en todos los países que sufrieron regímenes políticos criminales.

Da igual que los mejores historiadores y especialistas en ese periodo proporcionen sólidas y contrastadas pruebas de que la Guerra Civil la provocó un violento golpe de Estado y de que la larga y sangrienta dictadura que implantaron los vencedores de esa guerra fue desastrosa para la historia y convivencia de los españoles. Muchos ciudadanos, por diferentes motivos, van a seguir pensando que Franco fue un santo varón que trajo paz, desarrollo, carreteras y pantanos. Lo que ofende y avergüenza es que los miembros de la Real Academia de la Historia divulguen y amparen las grandes mentiras de la

propaganda franquista, retomadas hoy por afamados periodistas y aficionados a la historieta, y empleen para ello cuantiosos fondos públicos.

Con ser muy grave esa manipulación, el tema va más allá del uso político e ideológico que se hace de la historia. La Real Academia de la Historia no representa a nadie, ni a los historiadores ni a sus investigaciones, y su utilidad es escasa o desconocida. Sus académicos numerarios son un grupo de colegas, reclutados entre ellos, alejados en buena parte, aunque haya notables excepciones, de la docencia y de la investigación, de los congresos y debates historiográficos. Pero no solo es la Academia. En España hay numerosas instituciones públicas (locales, comarcales, autonómicas y estatales) que editan, con el dinero de todos, centenares de libros y revistas cuya calidad y rigor casi nunca se controla.

Bajo ese paraguas protector, algunos historiadores y miembros de otras disciplinas, en algunos casos también con puestos vitalicios en las universidades, nunca necesitan pasar los filtros de la competencia y el rigor que les exigirían en cualquier editorial de prestigio. La mayoría de esos escritos, de escasa calidad y distribución, y difíciles de digerir, apenas tienen lectores. Seguro que en un *Diccionario Biográfico* que incluye 43.000 personajes históricos han colaborado muchos profesionales competentes que se han ajustado a las pautas del rigor y al método crítico de aproximación a la historia. El escándalo es que sean los propios capostotes de la Academia quienes las incumplan y que eso constituya en parte el reflejo de una miseria intelectual y cultural todavía bastante extendida.

La verdad acerca de los hechos históricos se descubre y no se inventa. La objetividad es un sueño noble, pero entre esa sana ambición y la historia como pura construcción de quien la escribe hay una vía de diálogo entre el historiador y los hechos del pasado. Los historiadores tenemos que rastrear las fuentes, escuchar las voces del pasado y hacer preguntas al material investigado para ofrecer relatos fidedignos. Ese es nuestro desafío y quienes lo respetan, lo hacen bien y lo demuestran, son también respetados por sus colegas, por la comunidad científica y por el público que los conoce a través de sus escritos. La Real Academia de la Historia constituye ya una buena materia de estudio para la historiografía. En su estado actual, su existencia carece de sentido y tampoco parece que una reforma radical le pueda dar mayor legitimidad. Como ha demostrado toda esta polémica, la sociedad ya no necesita guardianes de las esencias de la historia.

Julián Casanova es catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Zaragoza.

FORGES



OPINIÓN

Cartas al director

Y ahora, el despido, más fácil

Llevamos décadas con la misma cantilena de flexibilización del mercado laboral. Se han creado nuevos tipos de contrato, más baratos, con menos derechos, peores en general. Ello no ha hecho sino redundar en una mayor pérdida de empleo al llegar la más mínima dificultad para la empresa. Facilitar el despido produce como efecto principal... facilitar el despido. Con esto se provoca que al más mínimo atisbo de dificultad (solo prevista, no real) las empresas despidan a sus trabajadores. Al fin y al cabo no cuesta nada. Con el efecto multiplicador, estos parados (despedidos a menudo debido a una percepción de dificultad, no a una dificultad real o actual) producen un empeoramiento de la economía, que realimenta la creación de paro.

En los países de nuestro entorno (esos con los que les gusta compararnos a los políticos), aquellos que tienen un despido más complicado (no más caro, que es irrelevante, sino más difícil) son los que más empleo han mantenido. Aquellos países, especialmente el nuestro, de despido barato y fácil (gratis y sin esfuerzo: al ser buena parte de los trabajadores temporales, solo hay que esperar tres meses para que el trabajador desaparezca sin tener siquiera que hablar con él) han sufrido más duramente.

Solo hay que ver a Telefónica. "Necesitaba" despedir a 8.500 trabajadores. Un día después, al ver que tiene que pagar los despidos ya solo es "necesario" despedir de la empresa con beneficios a 6.500.

Olvidémonos de esas mentiras repetidas hasta la saciedad. Facilitar el despido no crea empleo, lo destruye.— **Javier García.** Valencia.

Un paso adelante

A estas alturas, parece claro que el movimiento de denuncia iniciado mayoritariamente por los jóvenes no es una protesta más. Han dado voz a un rechazo que abarca mucho más que el paro juvenil o los abusos laborales. Han ido al fondo de la cuestión, algo que no es específico de nuestro país, sino de todos los países desarrollados y también, aunque con otra forma de hacerse evidente, de los no desarrollados: que quien manda, quien nos representa, es el poder económico, aunque no les demos nuestros votos, con las consecuencias que conocemos.

Los ciudadanos hemos observado, estupefactos, cómo la crisis provocada por ese poder financiero no solo no ha servido para reconducir los errores, sino que ha incrementado la distancia en el nivel de vida de los ciudadanos, entre

los que están entregando su hogar a bancos y cajas y los que están acumulando viviendas a precio de saldo para posteriormente ponerlas en venta cuando suban los precios. Lo de siempre, pero más.

No es este un problema de los jóvenes, por gratificante que sea que sus voces hayan sido las primeras en elevar el tono, ni un problema de edad. Es nuestro problema. Es obvio que las soluciones no están a la vuelta de la esquina, ni podrán ser individuales, ni regionales, ni siquiera nacionales; incluso que no sabemos muy bien hacia dónde tirar, pero por algún sitio hay que empezar. Y ahí están los jóvenes, dando un paso adelante. Con alegría y con esperanza. Démoslo también los demás.— **Ana Alonso F. Aceytuno.** Las Palmas de Gran Canaria.

La restricción de coches oficiales

En los últimos días, mucho se está discutiendo acerca de la necesidad de reducir el número de coches oficiales en las distintas Administraciones públicas.

No obstante, creo, con toda honestidad, que, de manera taimada, los responsables políticos están ofreciendo una impopular actitud de contención en el uso de vehículos oficiales, para ocultar el verdadero problema, que no radica en el uso de esos coches oficiales, sino en el indecente e inadecuado empleo de los llamados "coches de incidencias".

Son vehículos destinados originariamente a satisfacer concretas eventualidades del servicio, y que, sin embargo, son masivamente usurpados por cuadros medios y altos de las Administraciones —desde secretarios generales técnicos a consejeros, pasando por jefes de gabinete— para los más diversos fines, todos ellos de naturaleza tan espuria como llevar a los niños a la guardería, recoger la compra o salir de copas.

Que las ramas no oculten el bosque, que los coches oficiales no tapen el verdadero abuso de los vehículos de incidencias.— **Eliás Amunárriz.** Madrid.

Indignados ambientales

A mi entender, entre las múltiples y legítimas causas de indignación social, emergidas con fuerza con el tsunami del movimiento popular de los indignados, la que tiene su origen en la destrucción del planeta y de sus ecosistemas constituye la definitiva para considerar obsoleto el actual sistema económico que nos rige y exigir su inmediata transformación.

Debemos entender que un crecimiento económico basado en la destrucción del medio ambiente es, en definitiva, un decrecimiento, constituyendo el verdadero crecimiento aquel que, sin destruir el planeta, consigue aportar en paralelo beneficios económicos y sociales.

Una refundación del capitalismo hacia parámetros sostenibles, sociales y con una prepon-

derancia local, debe sustituir al capitalismo global, ultraconservador insostenible y antisocial que rige y destruye nuestro planeta.— **Anna Maria Goula.** Barcelona.

Puntualización sobre Leonard Cohen

Como lectores habituales de su periódico, siendo conscientes de la cantidad de información que recibirán al día, comprobamos que tanto autores como títulos de nuestra editorial siempre han sido de su interés.

Nuestra editorial celebra ahora el Premio Príncipe de Asturias, otorgado a Leonard Cohen, autor de esta editorial, del que tenemos publicadas sus novelas: *El juego favorito* y *Los hermosos vencidos*, además de dos libros de canciones, hemos visto que en la página 44 del periódico del jueves 2 de junio, un artículo en el que se habla de Leonard Cohen y sus obras y en el que se nombra a otras editoriales, pero no a la nuestra.— **Mercedes González.** Editorial Fundamentos. Madrid.

No se ha cerrado la crisis de pepino

Los productores de hortalizas siguen muy preocupados por la crisis del pepino en Europa. El comunicado de las autoridades alemanas confirmando que la bacteria *E. coli* no procedía de los pepinos españoles, más que mejorar la situación la ha agravado, toda vez que al no determinar de dónde procede la bacteria ha extendido la duda y la desconfianza a todas las producciones agrícolas. Me parece inconcebible que en pleno siglo XXI la Comisión Europea haya gestionado esta crisis de la forma que lo ha hecho y que el Gobierno español haya tardado cuatro días en reaccionar y una semana en tener resultados de los análisis.

La preocupación de los productores está ahora en que no se restablezca la confianza en los consumidores europeos antes del inicio, no solo de la próxima campaña, que será a finales de octubre, sino sobre todo el inicio de los semilleros para la próxima. En este caso no solo afectará a horticultores que ya perderán gran parte de la campaña, sino también a viveristas y semillistas. Es por ello que el objetivo prioritario de estos momentos es restablecer la confianza de los consumidores y que se levanten las prohibiciones de Rusia y otros países a la entrada de los productos españoles.— **Domingo Martínez.** Baños de Valdearados, Burgos.

Los textos destinados a esta sección no deben tener más de 200 palabras (1.400 caracteres sin espacios). Es imprescindible que conste el nombre y apellidos, ciudad, teléfono y número de DNI o pasaporte de sus autores. EL PAÍS se reserva el derecho de publicar tales colaboraciones, así como de resumirlas o extractarlas. No se devolverán los originales no solicitados, ni se dará información sobre ellos. CartasDirector@elpais.es

La sociedad invisible

VIENE DE LA PÁGINA ANTERIOR

tas del siglo XXI para manifestar sus protestas y sus inquietudes. No parece alejado de la realidad decir que ciudadanos indignados, más tecnologías del siglo XXI, es igual a un cóctel explosivo que no tiene por qué estallar si quienes se dedican a la política, y sobre todo a la política desde una concepción de izquierdas, son capaces de conectar con esos jóvenes para establecer con ellos y con el resto de la sociedad una relación política propia del siglo en el que estamos. El esquema tradicional de: tú me votas cada cuatro años y nadie te vuelve a pedir opinión hasta las elecciones siguientes ya no sirve para hacer una nueva política, porque en la era de Internet, donde todo es inmediatez y velocidad, cuatro años es una eternidad.

Quienes no entiendan que estamos viviendo en una sociedad nueva, donde existe una sociedad invisible en la Red, seguirán buscando a los líderes de ese ti-

po de movimiento que tanto ha sorprendido a algunos. Esa sociedad invisible está abarrotada de emprendedores, pero no en el sentido que se le da a esa palabra por parte de la derecha política, sino en el de gente que quiere cambiar el mundo y que saben que, ahora, desde el más humilde rincón de España, sin tener un nombre reconocible, se pueden dar ideas que intenten cambiar la realidad, porque se ha democratizado la posibilidad de tener seguidores sin tener un papel predominante o sin tener un apellido fulgurante que acompañe cualquier tipo de propuesta. Lo fantástico de lo que está ocurriendo en estos momentos, no solo en España, sino en otros rincones del planeta, es que es posible pensar que, desde un pequeño pueblo, desde un alejado rincón, cualquiera, con ideas y usando las nuevas herramientas tecnológicas, se puede contribuir a cambiar las cosas.

Como consecuencia del cambio social que se está produciendo en el mundo desde que apareció Internet, resulta obligatorio hacer el ejercicio de reinventarnos para adaptarnos. Nos estamos adaptando como ciudada-

nos y como trabajadores; desde el concepto de privacidad que ha cambiado con la aparición de la telefonía móvil, pasando por el concepto de identidad, tiempo, fronteras, distancia, comunicación, periodismo, etcétera, todo ha cambiado. Si a quien trabajaba en actividades económicas que hoy aparecen como obsoletas le decimos que tiene

Con la Red se puede participar en política instantánea e inmediatamente

la obligación de reinventarse, no se entiende que los partidos políticos, la forma de gobernar y la propia democracia no se reinventen en la misma medida que se les exige a los demás. Un cirujano de principios del siglo XX tendría muy difícil reconocer un quirófano del siglo XXI, pero un político de principios del XX reconocería fácilmente una campaña electoral de 2011, por la sencilla razón de que poco o nada ha cambiado respecto a

las campañas que él hacía hace 100 años. Se sigue cuidando y mimando la agenda mediática tradicional, pero se ignora, cuando no se desprecia, a los medios de comunicación individuales que se manifiestan diariamente durante las 24 horas del día en la Red. Y esa forma de gobernar, ignorando la nueva realidad, provoca desencuentros difíciles de remediar en la nueva democracia, donde nadie es menos que nadie y donde cualquiera, con algunas ideas, tiene su sitio en los foros donde se conforman las opiniones de la nueva sociedad.

Ha surgido una sociedad invisible formada por nuevos emprendedores, entendiendo como tales algo muy diferente al empresario tradicional. Emprendedores que quieren cambiar el statu quo y las formas clásicas de crear. A esa sociedad invisible ya no se le puede mantener ni en el silencio ni en el olvido. Para cambiar el mundo ya no hay que ser solo jefe de Estado o de Gobierno, o dirigente de un partido político, o intelectual de renombre. Los componentes de la sociedad invisible reclaman su papel en esta nueva sociedad

porque se consideran, y lo son, creadores del siglo XXI que, hasta ahora, habían sido despreciados o calumniados por los creadores del siglo XX. La articulación de esta nueva sociedad ya no es solo cuestión de grupos, sino de individualidades; tratar de conducir a esas individualidades por el callejón es tan imposible como pretender llevar a una panda de gatos por un camino, alineados y en orden.

Esta es la nueva realidad. Los componentes de la nueva sociedad ya no quieren participar en política cada cuatro años, porque lo que han aprendido con la Red es que, ahora, pueden hacerlo instantánea e inmediatamente. Y eso es posible gracias a que no existe la censura en la misma. La posibilidad de que la censura haga acto de aparición es lo que aterra a los usuarios de esa Red. Y por ahí empezó todo, por el enojo de los internautas más avanzados, que vieron peligrar los derechos de los usuarios cuando, en lugar de escucharlos y debatir con ellos, se les llamó piratas.

Juan Carlos Rodríguez Ibarra es ex presidente de la Junta de Extremadura.